

CHARLES DANTZIG

¿Por qué leer?

Traducción de Elena M. Cano e Íñigo Sánchez-Paños



documentos

ISBN 978-84-92891-16-0

PRIMERA EDICIÓN
2011

TÍTULO ORIGINAL: *Pourquoi lire?*

© DEL TEXTO: Charles Dantzig, 2010
© DE LA TRADUCCIÓN: Elena M. Cano
e Ínigo Sánchez-Paños, 2011

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

EDICIÓN
451 Editores

PROYECTO VISUAL Y DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de imagen y diseño GELV

COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN Y MAQUETACIÓN
I+D de soportes editoriales GELV

IMPRESIÓN
Edelvives Talleres Gráficos
Certificado ISO 9001
Impreso en Zaragoza, España

DEPÓSITO LEGAL: Z-2515-2011

Todos los derechos reservados. Esta publicación
no puede ser reproducida sin el permiso previo
por escrito de los titulares de los derechos.

Busca el paraíso.
Oráculo caldeo

¿Por qué leo? leo lo mismo que ando, sin duda alguna. Por otra parte, leo mientras ando. ¡Si les hablara de la cantidad de encontronazos que semejante cosa me ha proporcionado! Más de un parquímetro de París se ha conmovido al oír que le pedía educadamente perdón después de haberme chocado contra él, leyendo algún libro. Por lo demás, no porque hagamos una cosa tan espontáneamente como andar o leer resulta inútil reflexionar sobre lo que se hace. La espontaneidad no lo legitima todo. Hay asesinatos espontáneos.

9

«Espontáneamente». En un primer momento había escrito «naturalmente». Ahora bien, la lectura no es más natural que caminar. Es incluso uno de los actos más adquiridos que existen. Difícil, en ocasiones. No todo el mundo aprende a leer con facilidad. Sería interesante hacer una encuesta sobre el tema. ¿Serán los grandes lectores gente que aprendió a leer fácilmente? A mí, me resultó fácil y fue casi inmediato. Me hicieron repetir la B con la A, BA durante unos cuantos días y, de pronto, todo se liberó. Leí. A lo mejor se debe a que fue algo tardío; cuando tenía ya cinco años. Vivía indignado desde hacía un

año. La mayoría de mis compañeros habían aprendido a leer al final de parvulitos. «¿Por qué a mí no me enseñan?», les preguntaba sin parar a mis padres, un tanto incómodos. No podían contestarme nada salvo: «Es el método de tu escuela. Tienes que esperar al próximo curso». Y yo, señalando con el dedo todo lo que me encontraba escrito, carteles, vallas, anuncios, portadas de las revistas, preguntaba: «¿Qué pone?». Me parecía que estaban cometiendo conmigo una enorme injusticia. Que estaban retrasando mi ingreso en la comprensión del mundo.

10 Los niños de cinco años son muy inteligentes. Y cándidos. Para mí, lo escrito debía permitirme comprender lo que sucedía a mi alrededor. Todo ocurría abierta aunque misteriosamente. ¿Cuál era no ya la razón de aquellas cosas sino su articulación? ¿Cómo estaba imbricado todo aquello? Le concedía a lo escrito una confianza absoluta para aclarármelo. Mientras que desconfiaba de la palabra. En particular, de la de mis padres. Presentía su poder antes de admitir su sutileza, que ya discutía, pues. Siempre he tenido un problema con la autoridad. Aún ahora, nada me indigna más que eso que se llama argumentos de autoridad, que consisten como es sabido en invocar una supuesta autoridad para acallar las preguntas. Se oponen al razonamiento, al maravilloso razonamiento, maravilloso porque se basa en la confianza. Los argumentos de autoridad se basan en el desprecio. Mi desconfianza en la autoridad tenía por contrapeso a la casi mágica confianza en lo escrito. Una frase, según el bárbaro en miniatura que era yo, sería una llave. Y además una frase se parecía bastante a una llave. Negra, larga, con cedillas que eran como espolones que salen del

cañón, no sé cómo se dice eso. Y esa es una utilidad accesoria de las palabras, que permiten ahorrar frases. El manajo de llaves que constituían las bibliotecas de mi familia me abriría las puertas del Tesoro. Lo escrito era algo abstracto y desinteresado, que no hablaba para obtener algo.

Me pregunto si no había presentado sin saberlo lo que es la literatura. Una de las definiciones posibles es que se trata sin duda de la única forma de lo escrito cuyo objeto no es servir. Y de ella hablo aquí cuando intento responder a la pregunta «¿Por qué leer?»: ¿por qué leer *literatura*?

Pueden leerse memorias históricas, programas políticos, tratados de astronomía, manuales de *bridge*, y todo ello para adquirir un saber. Y el saber es poca cosa. Todo el mundo puede saber. No pocos brutos o imbéciles están repletos de saber. Lo que importa más es, digamos, la analogía. La literatura, y en particular la ficción, es una forma de analogía. O, más exactamente, una forma de comprensión por medio de la analogía. O, más exactamente, una forma de comprensión por medio de la analogía que actúa sobre los sentimientos, además de hacerlo sobre la inteligencia. Analogía, sentimiento. O sea, algo diferente de ese otro modo de comprensión que es la filosofía y que, por su parte, se basa en el análisis y el intelecto.

Esa parte sentimental es con toda seguridad lo que le confiere su seducción a la literatura. Y su peligro. Puede, con sus imágenes, engañarnos como a niños. También puede hacernos comprender las cosas, y acaso otras cosas, más rápidamente que la filosofía o la psicología. Y esa comprensión libresca de las cosas... Libresca... Nunca he comprendido bien el sentido peyorativo que va unido al adjetivo «libresco». Acompaña al

sentido peyorativo que la sociedad, que no ha pasado de bruta bajo su fina capa de lo que se llama civilización y que no es seguramente sino unas pocas normas de urbanidad, une a los asuntos del espíritu. Por cierto, el razonamiento. No estoy seguro de que guste. En cuanto un niño exaspera a sus padres, lo tachan de razonador. Hay además «literatura» y todas las palabras que se le unen. «Todo eso es literatura». «¡Deja de novelar!». «¡Todo un poema!». Se imagina uno el escándalo si me atreviera a decir con igual desdén: «Eso no es más que charcutería». El sindicato de carniceros y charcuteros me pondría una demanda, se debatiría la cosa en la televisión, me empujarían al arrepentimiento. *Y tendrían razón*. Ninguna categoría es odiable en sí. Toda esa gente que emplea peyorativamente palabras ligadas a la literatura haría bien en arrepentirse por sí sola, en reconocer que «libresco» está muy bien. En mi caso, casi todo lo bueno que he aprendido lo he aprendido en los libros. Y mi comprensión del mundo, o la poca que tengo, se ha oscurecido a partir del momento en que he adquirido experiencia.

Durante toda mi infancia escuché: «¡Ve a jugar al jardín!». No pensaban que leer fuera insano, no tengo una familia tan vulgar, era para que cambiara de ocupaciones. Solo tenía una, leer. De vez en cuando, jugaba a algo para que mis padres se pusieran contentos. Y, bajo la mirada encandilada de mi madre, empujaba un cochecito por una carretera dibujada con tiza, mientras me aburría considerablemente. Creo que era un niño que les tenía horror a los deberes, en cualquier caso a un deber en particular: el de divertirme. Me divertía mucho más en los libros que en los juegos, y para

qué hablar de los deportes. Jugaba con los cochecitos, y luego, cuando la niñería de mis padres quedaba satisfecha, volvía a la dicha de las dichas, leer. Ah, esa es otra razón para leer, sin duda alguna. Leer es mucho más interesante que entretenerse.

Madame du Deffand cuando era niña predicaba el ateísmo a sus compañeros de clase. Le mandan a un sacerdote, nada menos que a Massillon, el predicador. Va con prisas porque está preparando la oración fúnebre de Luis XIV, que pronunciará dentro de diez años. Revoloteo de sotana. Se encierra con la niña. Hablan. ¡El castigo que le va a poner!, se dicen las monjitas, asustadas de haber apuntado tan alto. Sale Massillon. El rebaño de hermanas se le acerca. «Es encantadora», dice Massillon. Lo encantador eran aquellos tiempos. (Bueno, para cinco mil personas. En mi familia había que sacarles brillo a las perolas en la cocina). Se podría pensar que la moderación había vencido, pero no, las fuerzas revolucionarias del pasado siguen frescas como una bodega, y de nuevo nos vemos sacudidos por los vendavales de las religiones. En Puerto Príncipe, al día siguiente del terremoto de 2010, diez mil testigos de Jehová, diez mil, se echaron a la calle a las órdenes de un pastor gritando: «¡Estaba escrito! ¡El lujo y la lujuria han sido castigados! ¡Estaba escrito!». La religiosidad es la venganza de los pobres, la catástrofe es el consuelo de los menesterosos. Y la ilusión lo aureola

todo. Así es que los desgraciados, los aún más desgraciados que otros porque esos otros, los del lujo, tenían los medios necesarios para marcharse del país o reconstruir sus casas e incluso a veces, como estaban bien concebidas, no se habían venido abajo, se creían vengados, de la mano de charlatanes. Nuestra necesidad de superstición es absolutamente insaciable.

16 Yo también, como Madame du Deffand, fui un niño ateo. Sin reivindicaciones, tranquilamente. El catecismo me parecía el mayor aburrimiento del mundo; y la confesión, un escándalo. Me las arreglaba ante la angustia, y luego el aburrimiento, de encontrar pecados plausibles. La única indignación verdadera, en el fondo, era tener que aburrirme tanto en misa. Afortunadamente, mi abuela materna, muy piadosa ella, me había regalado un cubre misal de cuero. Era donde disimulaba una *Cartuja de Parma* que me leía con una *pasión* que emocionaba a las señoras de la iglesia.

Me gustaba mucho lo que no correspondía a mi edad. Desde hacía ya unos años, robaba en la biblioteca de mi padre a Verlaine y a Musset, los dos primeros escritores para adultos que leí. Cuando me regalaban lecturas entretenidas, no me ponía contento. Todavía me acuerdo de lo que me chocó, a los once o doce años, que me regalaran un libro de Julio Verne. La imagen de aquel escándalo no se me ha borrado: la tapa del libro, de bolsillo, que reproducía la ilustración de la colección Hetzel. ¡Se creían que yo era un niño! ¡Ajá, adultos, había adivinado vuestro complot! ¡Hacernos más dóciles con lecturas inofensivas! Para protegerme, disponía de mi propia caverna de Platón, las bibliotecas de la familia. Ahí, al alcance de la mano, tenía todos los tesoros del mundo. Exploraba como un

arqueólogo que, con tanto donde escoger entre miles de sarcófagos, no supiera por cuál decidirse. Me bastaba con abrirlos, y las momias me hablaban. O más bien, cantaban. Era muy sensible, y aún lo soy, a una cosa que naturalmente no sabía nombrar y a la que podría llamarse melodía del pensamiento. Otra característica de la literatura, quizá.

Por desgracia, la adolescencia es una edad de oscurecimiento y fue para mí, así lo siento aún, un momento de dolor en el que me pareció que todo mi conocimiento sensible del mundo se me escapaba. No entendía ya nada. En ese momento incierto fue cuando me encontré en el mismo estado que los menesterosos de Haití. Y hacia los dieciséis años tuve un ataque de catolicismo por culpa de la literatura. El primer motivo de muchos de nuestros actos para nosotros, los que luego seremos escritores, ¿no será la imitación literaria? *El hombre de Nazaret*, de Anthony Burgess, una vida de Jesús, me impresionó bastante y me puse a creer en Dios. Algo doble, un ritmo y una contradicción, me había gustado en esa novela. El ritmo, enérgico, y la contradicción de una idea preconcebida. Burgess escribe que las representaciones de Jesús delgado son una tontería; aquel hijo de carpintero, que había manejado troncos y recorrido Palestina a pie, era a todas luces un hombre fuerte. Ni Burgess ni yo habíamos tenido en cuenta los crucifijos barrocos en los que escultores seducidos se deleitaron enseñando muslos bellos y bíceps rompedores. Era mi defecto, lo fue durante mucho tiempo, y aún lo es sin duda, el gusto por la contradicción. El único lado bueno que tiene, tanto como el gusto de contradecir, es el de ser contradicho. La controversia siempre me ha parecido un placer, además de un arte. Me importa menos

tener razón que la compañía de los seres. Se habla, se discute, se pelea, se intenta razonar, se está con alguien. Mi contradictor, mi hermano. Podría imprimirse una advertencia en la contracubierta de los libros: «¡CUIDADO! Las lecturas que coinciden demasiado con tus pensamientos o con tus gustos pueden ser peligrosas».

En el momento de debilidad es cuando la lectura puede ser peligrosa. El responsable no es el libro, ni siquiera lo es del todo el lector, sino la combinación desgraciada de ambos. En la lista de los libros que no hay que leer en momentos de debilidad cabría añadir:

18

<i>Libro</i>	<i>Tipo de momento</i>
<i>El crack-up</i> , Francis Scott Fitzgerald	Cuando se está al borde de la depresión nerviosa.
<i>Mein Kampf</i> , Adolf Hitler	Cuando lleva uno varios años sin trabajo en un país de fuerte inflación.

Etcétera, y todo puede por lo tanto ser peligroso. La vida es peligrosa. Nadie le echa la culpa.

Tenía yo unos diez años cuando vi por primera vez a un profesor largarle una perorata a mi madre, porque le parecía preocupante que leyera a Baudelaire. Veneraba «La vida anterior», que había copiado al dorso de un póster que tenía pegado en el interior de un armario de mi habitación, un secreto entre yo y yo. La lectura revela cosas impúdicas, preciosas y frágiles, no estamos obligados a contarlo todo. Si leemos un libro como se lee, es decir, inclinado sobre las páginas y en silencio, es porque de ese cara a cara quedan excluidos los poco honrados, los brutos

y los imbéciles a quienes les encanta escandalizarse, ya sea por interés o sinceramente. Y, en el poema de Baudelaire, me embriagaba con el principio, «Largo tiempo habité bajo pórticos vastos / que los soles del mar de mil fuegos teñían»¹, imagen hermana de las imágenes pintadas por Le Lorrain en unos cuadros que me entusiasmaban, en los que princesas triunfantes y melancólicas suben a bordo de navíos rollizos, a la hora del crepúsculo. Treinta años después, no acepté participar en un programa de televisión para niños en el que me habrían preguntado mi opinión sobre la poesía. «Lo único que podré decir es: “Denles lecturas que no sean de su edad”», contesté a la periodista que me invitaba. En lo que a mí se refiere, no me ha ido demasiado mal. Los niños tienen un sentido moral muy desarrollado, saben perfectamente separar el bien del mal, lo admisible de lo reprobable, son inaccesibles a la perversidad, no se interesan en aquello que no les interesa. Y además, quizá eso les despierte la agudeza estética.

19

¹ Traducción de Ramón Buenaventura. (N. de los T).